



Introducción

Mi primer contacto con la insólita historia que voy a relatar en estas páginas se produjo leyendo el libro *1942: O Brasil e sua guerra quase desconhecida*, de João Barone. Tal como refleja el título de esta obra divulgativa, la participación de Brasil en la Segunda Guerra Mundial suele ser pasada por alto, a pesar de que fue de gran importancia.

Al estallar el conflicto, Brasil se encontraba bajo un régimen dictatorial, el de Getúlio Vargas, cuyas simpatías se dirigían hacia el bando del Eje, formado por Alemania, Italia y Japón, lo que le llevó a coquetear con él. Sin embargo, la presión del poderoso vecino estadounidense, así como la marcha de la guerra, harían que Vargas acabase comprometiéndose con los Aliados, permitiendo que los norteamericanos instalasen en su territorio bases aéreas para controlar las rutas que surcaban el Atlántico. También llegó a enviar un cuerpo expedicionario a Europa, aunque las tropas fueron destinadas a un frente secundario, como lo fue el italiano.

Pero la aportación más importante de Brasil a la victoria aliada fue de índole económica. Los Aliados necesitaban una gran cantidad de materias primas para alimentar su industria de guerra, y Brasil se convirtió en uno de los principales suministradores. En el caso de una materia prima vital como era el caucho, Brasil era el único país de la órbita aliada en el que se producía, después de que las plantaciones de Extremo Oriente quedasen en manos de los japoneses.





¡JAPÓN GANÓ LA GUERRA!

En el citado libro de Barone me topé con una referencia a las «acciones radicales del grupo ultranacionalista Shindo Renmei», del que nunca antes había escuchado hablar. Durante el conflicto, esas «acciones radicales» perpetradas por fanáticos miembros de la colonia de inmigrantes nipones en Brasil se centraron precisamente en el sabotaje de la producción destinada al esfuerzo de guerra de los Aliados.

Cuando la contienda finalizó, el grupo pasó a acosar y amenazar a los miembros de la comunidad nipona que admitían que Japón había sido derrotado, llegando incluso al asesinato. Y es que tanto los miembros del Shindo Renmei como buena parte de la colonia japonesa en Brasil estaban convencidos, por inverosímil que pueda resultar, de que Japón había ganado la guerra. Todas las evidencias de que el País del Sol Naciente había firmado la rendición ante los Aliados eran consideradas «propaganda americana».

La idea de miles de japoneses en tierras brasileñas convencidos de que Japón había vencido a los norteamericanos y una siniestra secta de fanáticos dispuesta a matar a los que admitían que Japón había sido derrotado me pareció tan increíble como fascinante. Sin duda, parecía una historia alumbrada por la fantasía de un novelista. Y también me resultó sorprendente que esa insólita historia fuera ignorada fuera de Brasil. Por tanto, al momento sentí la necesidad de recabar toda la información disponible sobre esos hechos y darlos a conocer.

Aunque en ningún momento tuve dudas de que ese episodio poseía un extraordinario interés, me llegó alguna voz escéptica, que me advertía de que sólo interesaría a los lectores brasileños. Sin embargo, estaba convencido de que iba a interesar a cualquier lector, sin importar su procedencia, ya que no trata de un caso circunscrito a un lugar y una época determinados, sino que se trata de una historia universal sobre la defensa de la verdad ante el fanatismo, los peligros de nacionalismo exacerbado y, desde un punto de vista más humano, la inquietante facilidad con la que se puede caer en la trampa del autoengaño. En las páginas que vienen a continuación, el lector tendrá ocasión de comprobarlo.





I. Sangrienta visita a un dentista

El 18 de julio de 1946 se presentaba como otro día cualquiera en la localidad de Cafelândia, en el interior del estado brasileño de São Paulo, situado al sureste del país. El pueblo se había fundado hacía sólo veinte años, alrededor de una estación en la línea de ferrocarril emplazada a campo abierto, con la finalidad de recoger allí las toneladas de granos de café que se producían en los alrededores y transportarlas hasta el puerto de Santos, desde donde serían enviadas por mar a todo el mundo. El nombre que habían escogido sus fundadores no dejaba dudas de ese origen, ligado a sus plantaciones de café.

Antes de la fundación de Cafelândia ya existía allí una colonia integrada por inmigrantes japoneses. A ellos había que agradecer que el cultivo del café hubiera arraigado en la región. El cultivo del cafeto o planta del café requiere mucha humedad y terrenos altos, lo que se da en ese lugar, siendo así un lugar idóneo para esta actividad agrícola. Pero aun así, el cafeto requiere de cuidadosos mimos para que eche raíces y crezca. Los colonos japoneses lo acabarían consiguiendo, tras no pocos esfuerzos y sinsabores.

LA COLONIA HIRANO

En 1915, Himpei Hirano, un japonés natural de la provincia de Shizuoka que había llegado a Brasil dispuesto a hacer fortuna,





¡JAPÓN GANÓ LA GUERRA!

compró una gran extensión de terreno en el lugar en el que luego se levantaría Cafelândia, y que, por entonces, se encontraba baldío. Después procedió a dividirlo en lotes para que un total de 82 familias japonesas se establecieran también allí. El idealista Hirano fundó así la colonia con la que había soñado desde que partió de Japón. En su aventura contó con el apoyo entusiasta del cónsul nipón en São Paulo.

Los japoneses de la colonia Hirano, el nombre por el que sería conocida, comenzaron a plantar arroz en las proximidades de los ríos para cubrir sus necesidades alimenticias antes de centrarse en el cultivo del café. Pero aquellos animosos inmigrantes tuvieron que enfrentarse a un enemigo inesperado, el mosquito que provoca la malaria, que proliferó entre las tierras que se habían inundado para cultivar el arroz. Muchas familias fueron diezmadas por la enfermedad, por falta de medicamentos y asistencia médica. La malaria se llevó consigo la vida de sesenta colonos

Los japoneses se vieron obligados a plantar arroz en zonas más salubres, pero las dificultades no acabarían ahí; la primera cosecha de café, que se preveía abundante, se perdió a consecuencia de una plaga de langostas, y en la segunda se perdió una parte importante debido a una helada.

Además, el propio Hirano falleció en febrero de 1919, a los 34 años, víctima de la gripe española, una pandemia que se extendió por todo el planeta provocando decenas de millones de muertos. Para que no faltasen contratiempos, el cónsul japonés que había estado apoyando a Hirano y a su colonia decidió regresar a su país, privándolos así de su estimable apoyo.

Pero los persistentes nipones estaban decididos a asentar la colonia en aquellos parajes que debían convertirse en su tierra de promisión. Aprendiendo de sus sucesivos fracasos y sin escatimar esfuerzos, lograrían finalmente arrancar a esa tierra abundantes cosechas de café. Ese éxito nipón fue el que llevó a la compañía Estrada de Ferro Noroeste do Brasil a construir en 1936 la estación que daría lugar a la fundación de Cafelândia por seis promotores brasileños —entre ellos, dos coroneles— que advirtieron las enormes posibilidades





económicas que presentaba la región. El lema del nuevo municipio sería la frase latina *Cofea Divitia Nostra*: «El café es nuestra riqueza».

Aunque las fuerzas vivas del pueblo serían brasileñas, la presencia japonesa no quedaría diluida, sino al contrario, adquiriría cada vez un protagonismo mayor. En 1932 se construyó un templo budista, administrado por la asociación japonesa local. La laboriosidad innata del pueblo nipón llevó a que los principales aspectos de la vida económica de Cafelândia dependieran de ellos, desde los almacenes de grano de café hasta las zapaterías.

Uno de estos japoneses, que no sólo había prosperado con su actividad, sino que se había convertido en una referencia para la comunidad nipona, era el dentista Kisso Ymai. A su consulta, instalada en su propia casa, acudían todos los japoneses del pueblo, por lo que éste era no sólo muy conocido sino también respetado.

ATAQUE EN LA CONSULTA

A las ocho y media de la mañana de aquel día de julio de 1946, Ymai abrió su consultorio. Al poco rato, el dentista oyó cómo se abría la puerta; se asomó un momento y advirtió que entraban tres hombres, también japoneses, pero que él no había visto nunca, por lo que estaba seguro de que no eran del pueblo. Llevado por su instinto, antes de salir de la trastienda cogió un pequeño revólver de calibre .32 y lo escondió en un bolsillo de su bata blanca.

Ymai se presentó en la sala de espera y uno de ellos le dijo «Me llamo Keishi Goto. Mi amigo Sakuma y yo necesitamos que nos visite, ¿nos puede atender?»

El dentista hizo pasar a Goto a la consulta mientras Sakuma y el tercer hombre permanecían en la sala de espera. Una vez dentro, Ymai indicó a Goto que se sentase en el sillón, acercó la lámpara y le pidió que abriese la boca.

Sakuma abrió la boca y el dentista se acercó para examinarla. Pero, de repente, Ymai sintió un dolor punzante en el ombligo. El paciente acababa de hundir la hoja entera de un cuchillo en su





¡JAPÓN GANÓ LA GUERRA!

barriga. El dentista profirió un fuerte grito y, al cabo de unos segundos, Sakuma y el otro acompañante irrumpieron en la consulta, el primero esgrimiendo una navaja abierta y el segundo, un revólver.

A pesar de que acababa de recibir una cuchillada, Ymai mantuvo la calma necesaria para sacar su pequeño revólver del bolsillo y tratar de disparar a sus agresores. Para impedirlo, Sakuma le atacó con la navaja, haciéndole un corte en la mano con la que sostenía el arma. Pero el dentista estaba dispuesto a vender cara su vida por lo que, pese a tener la mano ensangrentada, consiguió dispararles.

En ese momento, alertada por el repentino alboroto, apareció en la consulta la mujer del dentista, pertrechada con lo primero que había podido agarrar: una escoba. Demostrando que estaba hecha de la misma pasta de su marido, no dudó en golpear con ella a los agresores.

Ante la inesperada reacción del dentista y su aguerrida esposa, que habían dado al traste con sus planes, los tres asesinos frustrados se dieron precipitadamente a la fuga. Echaron a correr por la calle, pero uno de los disparos efectuados por Ymai había alcanzado a Goto en la espalda y éste comenzó a sangrar profusamente.

Los disparos habían alertado a los vecinos, que dieron rápido aviso a la policía. Los tres agresores llegaron a las afueras del pueblo y trataron de huir atravesando un cafetal, pero la herida sufrida por Goto los había retrasado y ya estaban a tiro de los agentes de la policía, que les dieron el alto. Viéndose perdidos, se entregaron.

DISPARO POR LA ESPALDA

Pero ése no había sido el único intento de asesinato que había tenido lugar esa mañana en la, hasta entonces, tranquila Cafelândia. A la misma hora en que el dentista recibía en su consulta a aquellos que pretendían matarlo, en un almacén de cereales se presentaron dos hombres, también de origen japonés, dispuestos a comprar género. Allí estaba el dueño del negocio, Shohei Kussunoki, que no sospechó de ellos, al contrario que el precavido dentista, y los recibió





amablemente en su despacho. Después, les pidió que lo acompañasen al almacén.

Entre los oscuros pasillos formados por los pesados sacos de grano, Kusunoki caminaba un paso por delante, lo que dio todas las facilidades a sus asesinos para actuar. Uno de ellos sacó su revólver y le disparó a quemarropa por la espalda, y enseguida ambos emprendieron la fuga. Kusunoki todavía consiguió dar algunos pasos para salir a la calle, desplomándose frente a la puerta de su casa, que estaba al lado del almacén.

Los asesinos trataron de huir del pueblo corriendo, pero un agente de policía fue tras ellos a caballo. Un kilómetro después de iniciada la persecución, los fugados se entregaron, siendo conducidos a la comisaría del pueblo en donde ya se encontraban los otros tres que habían intentado segar la vida del dentista, quien afortunadamente acabaría sobreviviendo a sus heridas.

Luego se supo que aquellos cinco hombres habían llegado a Cafelândia la noche del día anterior, y que se habían alojado en un hotel del centro. Después de dejar su equipaje, habían acudido a una cita en casa de un zapatero, quien les proporcionó las armas envueltas en un paño así como los nombres de las dos personas que debían matar a la mañana siguiente, regresando después al hotel.

A las seis de la mañana, los cinco hombres se levantaron y acabaron de perfilar el plan aunque, a tenor de cómo fracasarían después en sus fugas, habrá que pensar que se centraron únicamente en poder tachar esos nombres de la lista entregada por el zapatero. Después, el quinteto fue a desayunar en una cafetería de donde ya saldría dividido en dos grupos; sólo uno de ellos conseguiría su objetivo.

Aunque uno de aquellos hombres de la lista había escapado con vida, y esa misma mañana acabaron compartiendo celda en la comisaría del pueblo, los cinco asesinos se sentían satisfechos, ya que habían hecho todo lo posible por cumplir su misión.

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Por qué querían matar a un dentista y a un tratante de granos? ¿Cuál era esa misión que tenían que cumplir, aun a riesgo de acabar en prisión?

